



Grado 3

Unidad 1 | Libro de lectura
Cuentos clásicos

Grado 3

Unidad 1

Cuentos clásicos

Libro de lectura

Notice and Disclaimer: The agency has developed these learning resources as a contingency option for school districts. These are optional resources intended to assist in the delivery of instructional materials in this time of public health crisis. Feedback will be gathered from educators and organizations across the state and will inform the continuous improvement of subsequent units and editions. School districts and charter schools retain the responsibility to educate their students and should consult with their legal counsel regarding compliance with applicable legal and constitutional requirements and prohibitions.

Given the timeline for development, errors are to be expected. If you find an error, please email us at texashomelearning@tea.texas.gov.

ISBN 978-1-63602-096-9

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

You are free:

to Share—to copy, distribute, and transmit the work

to Remix—to adapt the work

Under the following conditions:

Attribution—You must attribute any adaptations of the work in the following manner:

This work is based on original works of Amplify Education, Inc. (amplify.com) and the Core Knowledge Foundation (coreknowledge.org) made available under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License. This does not in any way imply endorsement by those authors of this work.

Noncommercial—You may not use this work for commercial purposes.

Share Alike—If you alter, transform, or build upon this work, you may distribute the resulting work only under the same or similar license to this one.

With the understanding that:

For any reuse or distribution, you must make clear to others the license terms of this work. The best way to do this is with a link to this web page:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

© 2020 Amplify Education, Inc.
amplify.com

Trademarks and trade names are shown in this book strictly for illustrative and educational purposes and are the property of their respective owners. References herein should not be regarded as affecting the validity of said trademarks and trade names.

Printed in Mexico
01 XXX 2021

Contenido

Cuentos clásicos

Libro de lectura para la unidad 1

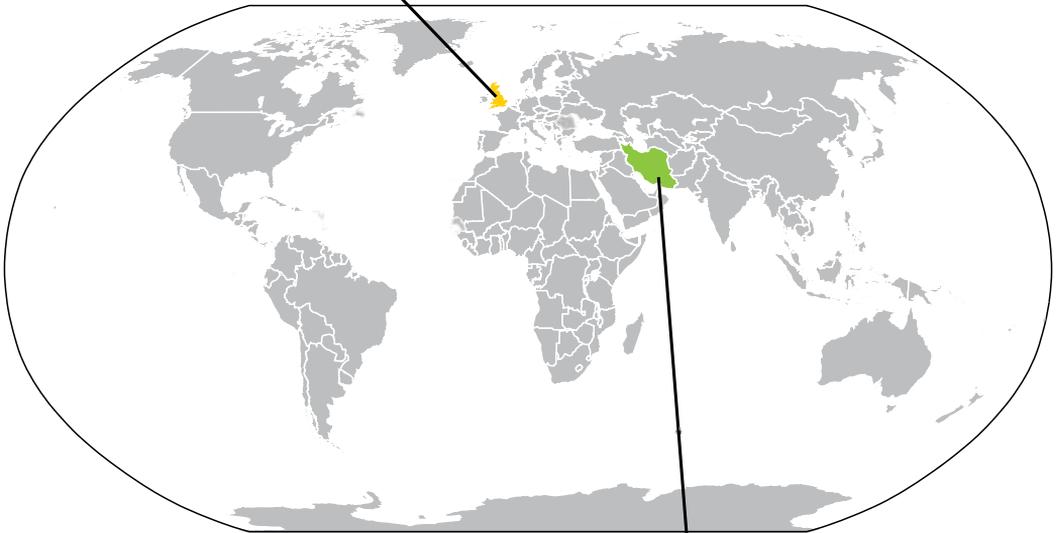
Introducción: ¿De qué parte del mundo son estos cuentos?	1
Capítulo 1: Aladino y la lámpara maravillosa, Parte I	2
Capítulo 2: Aladino y la lámpara maravillosa, Parte II10
Capítulo 3: Aladino y la lámpara maravillosa, Parte III20
Capítulo 4: Alicia en el País de las Maravillas, Parte I32
Capítulo 5: Alicia en el País de las Maravillas, Parte II42
Capítulo 6: Alicia en el País de las Maravillas, Parte III54
Capítulo 7: Alicia en el País de las Maravillas, Parte IV64
Capítulo 8: Por la carretera, Parte I72
Capítulo 9: Por la carretera, Parte II78
Capítulo 10: Por la carretera, Parte III86
Capítulo 11: Por la carretera, Parte IV92



¿De qué parte del mundo son estos cuentos?

Inglaterra

"Alicia en el País de las Maravillas"
"Por la carretera"



Irán (Persia)

"Aladino y la lámpara maravillosa"

Aladino y la lámpara maravillosa, Parte I

Había una vez un niño pobre llamado Aladino. Su padre era un sastre. Cuando este murió, la madre de Aladino se vio obligada a trabajar para ganarse la vida.

Un día, un forastero saludó a Aladino.

—Dime, niño —dijo el forastero—. ¿Eres el hijo del sastre?

—Sí —respondió Aladino.

El forastero le dio un abrazo. —¡Mi querido sobrino! —exclamó—. ¡Tu padre era mi hermano! ¡Y ahora me entero de que ha muerto! ¡Qué terrible!



Un forastero saludó a Aladino.

Aladino llevó al hombre con su madre, quien se sorprendió al verlos. Su esposo nunca le había hablado de un hermano. De todos modos, lo saludó gentilmente, y cuando el hombre le prometió ayudar a Aladino a convertirse en comerciante, ella le creyó.

Pero el forastero no era el tío de Aladino, sino un mago proveniente de la lejana África del Norte. Había venido a Persia en busca de una lámpara mágica que podía volver ricos a los hombres. Para encontrarla, el mago necesitaba un ayudante, alguien que pudiera ayudarlo sin hacer preguntas. Pensó que Aladino era la persona indicada.

Al día siguiente, el mago vino a buscar a Aladino.

—Ven conmigo —le dijo—. Te presentaré a otros comerciantes. Luego, llevó al niño fuera de la ciudad, al campo.



Aladino llevó al hombre a conocer a su madre.

El mago hizo que a Aladino lo siguiera cuesta arriba por una montaña empinada. Escalaron durante una hora hasta llegar a un sitio donde no crecían flores.

—Consigue unas ramas —ordenó el mago—. Haremos una fogata y luego te mostraré algo increíble.

Aladino obedeció las órdenes. El mago encendió la fogata y arrojó unas esencias en ella mientras decía unas palabras mágicas. El cielo se oscureció y retumbó un trueno. La tierra se abrió a sus pies y allí, ante ellos, emergió una gran piedra con una argolla de bronce sujeta a ella.

—Debajo de esta piedra hay un tesoro —dijo el mago—. Te hará más rico que cualquier rey. Sujeta la argolla y levanta la piedra. Luego, baja las escaleras. Pasarás junto a muchos tesoros, pero no debes tocarlos. Entrarás a un jardín. Allí verás una lámpara colgada de un árbol. Tráemela. Una vez que la tengas, puedes tomar cualquiera de los tesoros que veas.

Aladino estaba maravillado. No podía creer lo que se le estaba pidiendo, pero igualmente hizo caso.

—Toma este anillo —dijo el mago—. Te protegerá ante cualquier peligro.

Aladino lo tomó y lo colocó en su dedo.



El mago le indicó a Aladino lo que tenía que hacer.

Aladino levantó la piedra. Bajó las escaleras y se abrió paso por un pasillo repleto de tesoros, con cuidado de no tocar nada. Cuando encontró la lámpara, la colocó dentro de su bolsa y después comenzó a llenar sus bolsillos con todos los objetos brillantes que veía. No sabía que eran gemas preciosas. Pensaba: “Juntaré estas cosas bonitas para jugar en casa”.

Todas esas gemas eran muy pesadas para Aladino. Al llegar a la parte superior de la escalera, no pudo trepar para salir. —Ayúdame, tío —gritó.

—Primero, dame la lámpara —respondió el mago.

La lámpara estaba sumergida en el fondo de la bolsa que llevaba Aladino.

—No puedo alcanzarla —dijo Aladino.

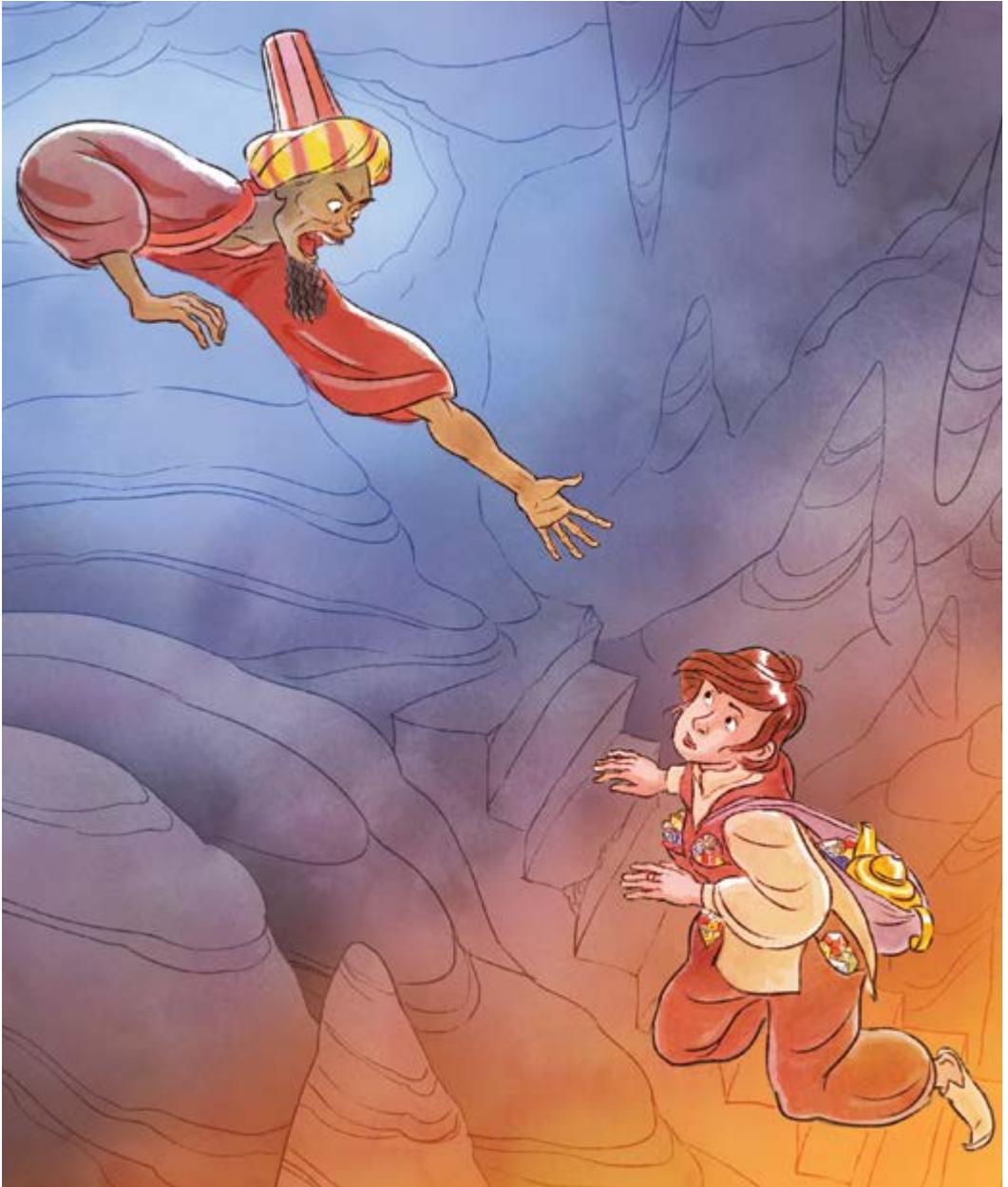
—Pásamela —replicó el mago.

—¡Es que no puedo! —insistió Aladino.

El mago comenzó a enfadarse. —¡La lámpara! —gritó, pues era lo único que le importaba.

Pero Aladino no quería que nada se le cayera. —Te la daré cuando salga —dijo.

El mago, impaciente, no esperó más y pronunció un hechizo mágico. La piedra rodó hacia atrás, y Aladino quedó atrapado en la oscura cueva.



—Dame la lámpara —dijo el mago.

Aladino y la lámpara maravillosa, Parte II

Aladino quedó atrapado en la cueva.

—¡Tío! —gritó—. ¡Ayúdame! Pero no hubo respuesta. El mago había regresado rápidamente a África del Norte. Lo único que quería era la lámpara. Si no iba a ayudarlo a conseguirla, entonces ya no importaba lo que pudiera pasarle a Aladino.

Durante tres días, Aladino permaneció en esa cueva en completa oscuridad. Al principio, gritó, después lloró, y finalmente, juntó sus manos para orar. Mientras lo hacía, rozó sin querer el anillo que el mago había colocado en su dedo. Un genio apareció ante él.

—¿Cuál es tu deseo? —preguntó el genio del anillo.

A pesar del susto, Aladino logró decir: —¡Sácame de esta cueva!

¡Puf!

Aladino se encontró nuevamente en el exterior.



Un genio apareció ante Aladino.

Corrió a su casa para contarle a su madre todo lo que había sucedido. Le mostró las gemas y ella también pensó que tan solo eran objetos bonitos. Luego, le mostró la lámpara.

—Está muy sucia —dijo la madre de Aladino—. Déjame limpiarla. Quizás así podamos venderla y comprar algo para comer.

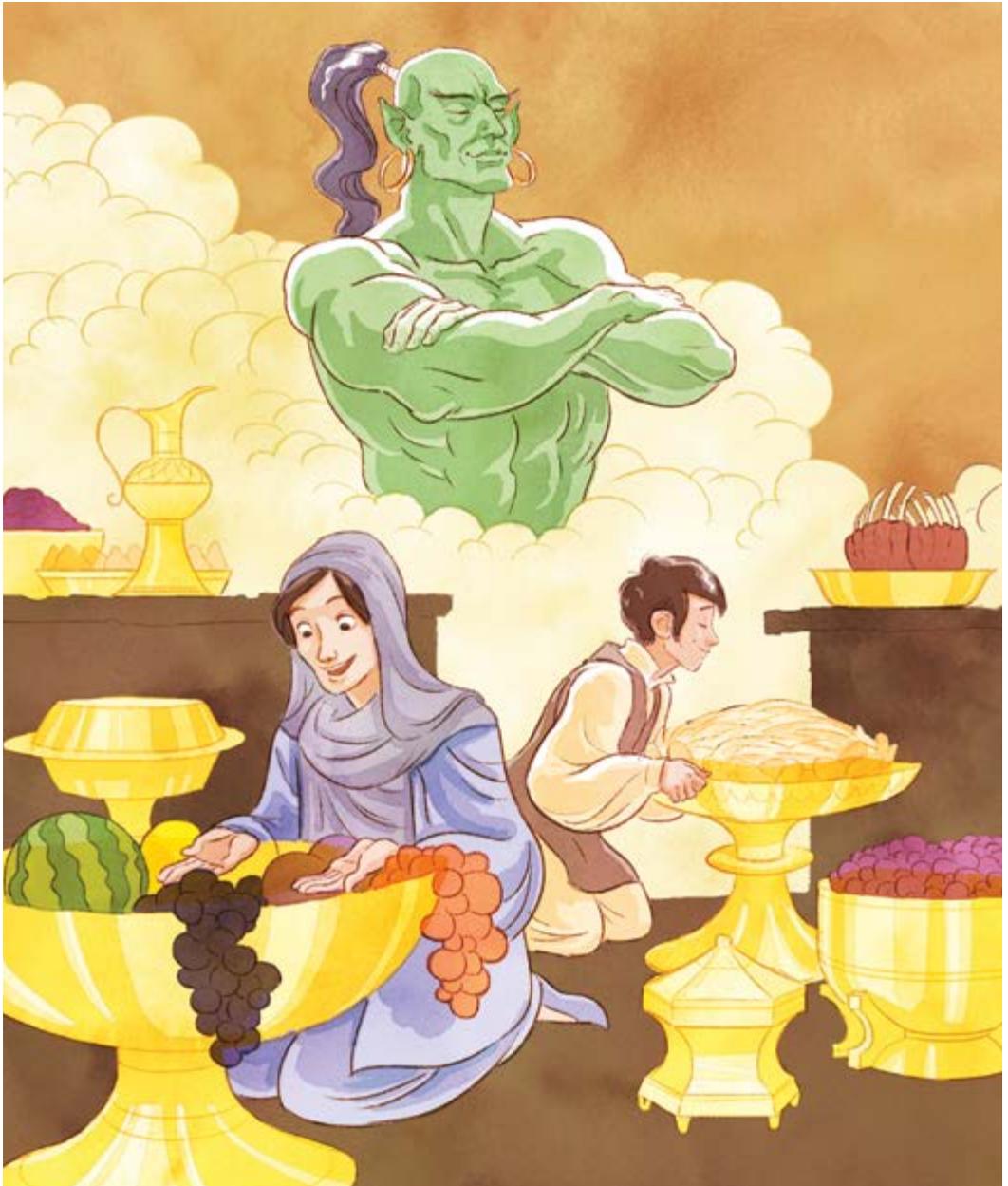
Tomó un paño y comenzó a frotar la lámpara. De repente, apareció un genio monstruoso. Este genio era mucho más grande que el que se le había aparecido antes a Aladino.

—¿Cuál es tu deseo? —preguntó el genio de la lámpara con voz de estruendo.

La pobre mujer casi se desmaya del susto. Aladino dijo: —¡Tenemos hambre! ¡Tráenos algo para comer!

¡Puf!

El genio regresó con doce fuentes de oro repletas de comida. Aladino y su madre comieron hasta saciarse. Luego, vendieron las fuentes de oro y compraron más comida.



El genio regresó con fuentes de comida.

Tiempo después en el mercado, Aladino vio a la hija del Sultán. Era tan hermosa que se enamoró al instante. Le dijo a su madre que quería casarse con la princesa.

La madre de Aladino rió. —¿Te has vuelto loco? —dijo—. ¡Tu padre era un pobre sastre!

—¿Recuerdas los objetos brillantes de la cueva? —preguntó Aladino—. Llévatelos y ofrécelos al Sultán como obsequio.

La madre de Aladino fue a ver al Sultán. —Su majestad —dijo—. Mi hijo Aladino desea casarse con su hija.

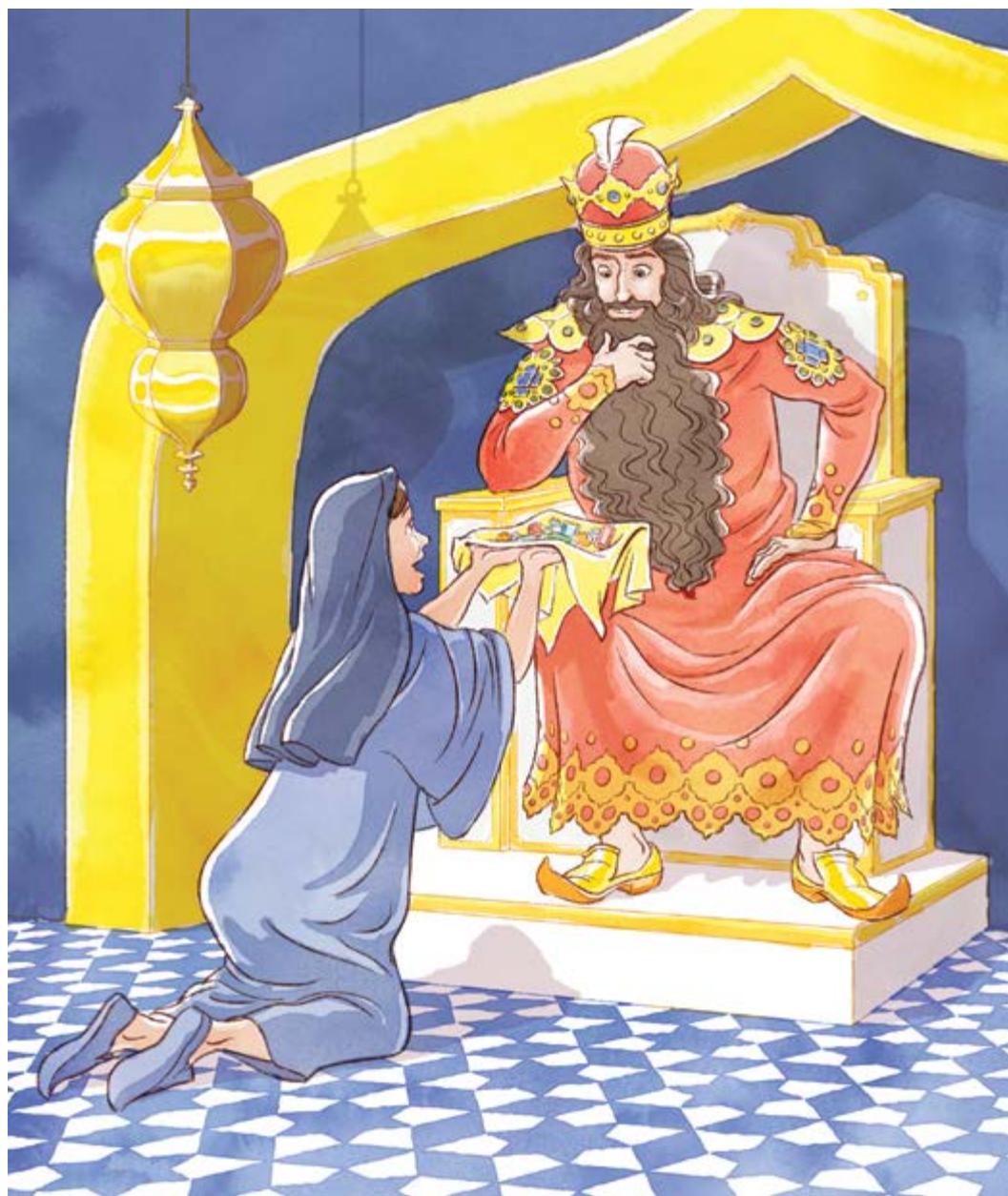
El Sultán se echó a reír. —¿Tu hijo y mi hija? —exclamó—. ¡Ja!

La madre de Aladino abrió su paño y le mostró las gemas.

El Sultán enmudeció. Avanzó un paso para examinar lo que había visto. Se dio cuenta de que no eran solo objetos bonitos y brillantes.

“¡Son impresionantes! —pensó—. ¡Nunca antes había visto gemas tan resplandecientes!”.

El Sultán habló otra vez: —Tu hijo puede casarse con mi hija, con una condición. Debe enviar cuarenta sirvientes, cada uno de ellos con un cuenco lleno de gemas como estas.



La madre de Aladino le mostró al Sultán los objetos brillantes de la cueva.

Cuando Aladino escuchó esto, frotó su lámpara y el genio apareció. Aladino repitió el deseo del Sultán. Casi al instante, el genio regresó con cuarenta sirvientes, cada uno de ellos con un gran cuenco de oro. La mitad de los cuencos estaban llenos de perlas y diamantes; los otros estaban repletos de rubíes y esmeraldas.

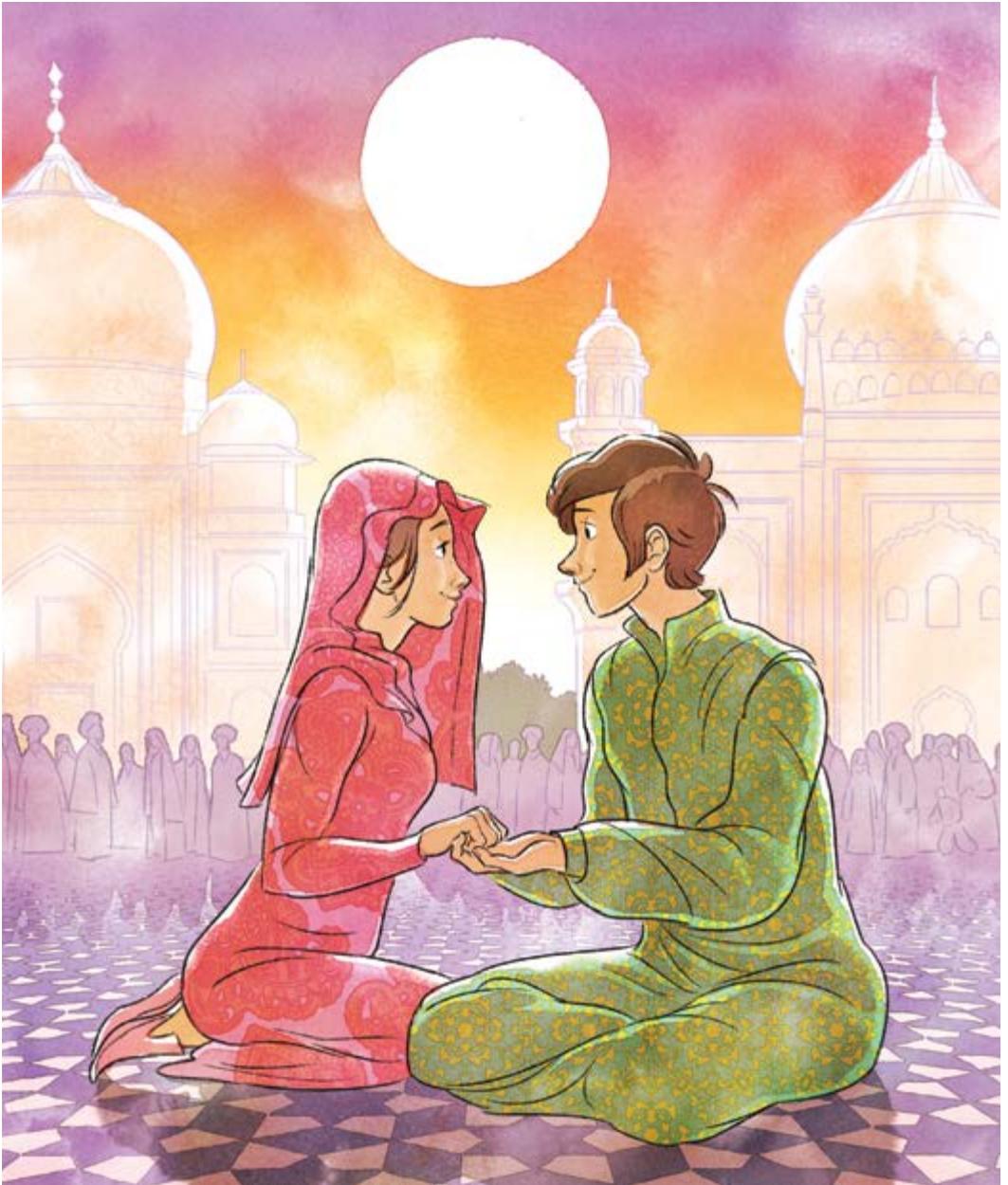
El Sultán estaba maravillado y aceptó a que Aladino se casara con su hija.



El genio regresó con cuarenta sirvientes.

Aladino estaba encantado. Frotó la lámpara y el genio apareció.

Aladino le ordenó que preparara una boda digna de un príncipe. Los cuarenta sirvientes aparecieron otra vez y le trajeron a Aladino ropas costosas y dulces perfumes. Le dieron un caballo hermoso con el que llegó a la boda. Ese día, arrojaron monedas de oro a la gente que llenaba las calles para verlo. Le construyeron a Aladino un palacio justo al lado del palacio del Sultán, e incluso desplegaron una gruesa alfombra roja para la princesa caminar desde la casa del Sultán hasta el palacio de Aladino. Cuando el Sultán vio el palacio de Aladino, estuvo seguro de que era el marido indicado para su hija. Celebraron su boda con un festín y música. La fiesta duró todo el día y toda la noche.



Aladino se casó con la hija del Sultán.

Aladino y la lámpara maravillosa, Parte III

Aladino adoraba su nueva vida. Sentía que todo era perfecto. Pero el peligro acechaba.

El mago se enteró de su buena fortuna. —¿Ese niño holgazán? —dijo—. ¿Casado con la hija del Sultán? Seguro que esto es obra de la lámpara.

Regresó rápidamente a Persia. Se vistió como un pobre mendigo y llevó algunas lámparas relucientes en una canasta. Al pasar caminando por el palacio de Aladino, gritó: —¡Cambio lámparas viejas por nuevas!

Aladino había salido a cazar. Su esposa, la princesa, escuchó la voz proveniente de la calle.

“Tenemos esa lámpara horrible y vieja —pensó—. Me encantaría canjearla por una nueva y reluciente”.

Le entregó la lámpara de Aladino al mago, quien le dio una nueva a cambio.

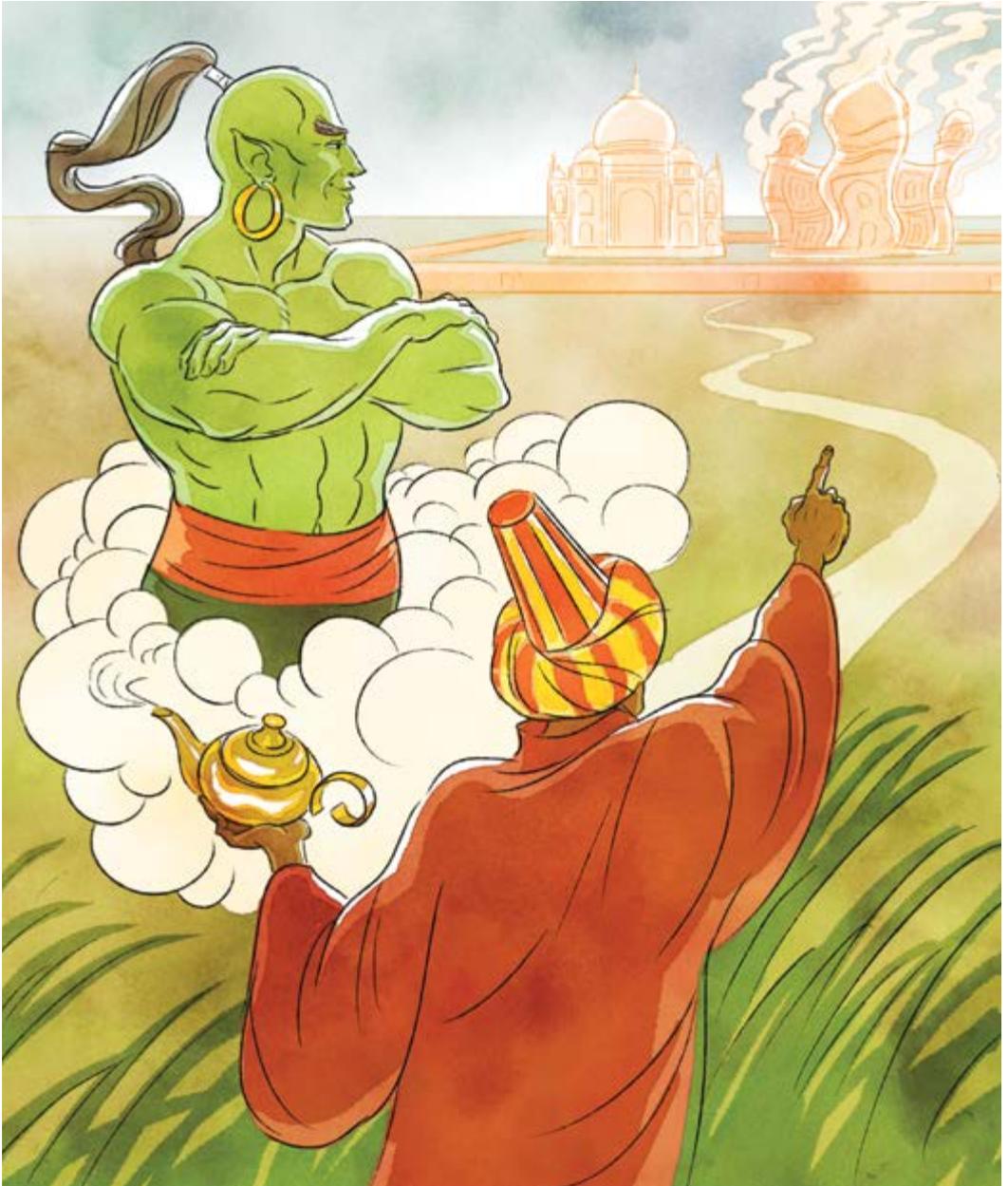


La princesa canjeó la lámpara vieja por una nueva y reluciente.

El mago se escabulló rápidamente y, más tarde ese día, frotó la lámpara. El genio apareció.

—Llévate el palacio de Aladino con todo lo que contiene —ordenó el mago—. Colócalo en mi hogar en África del Norte.

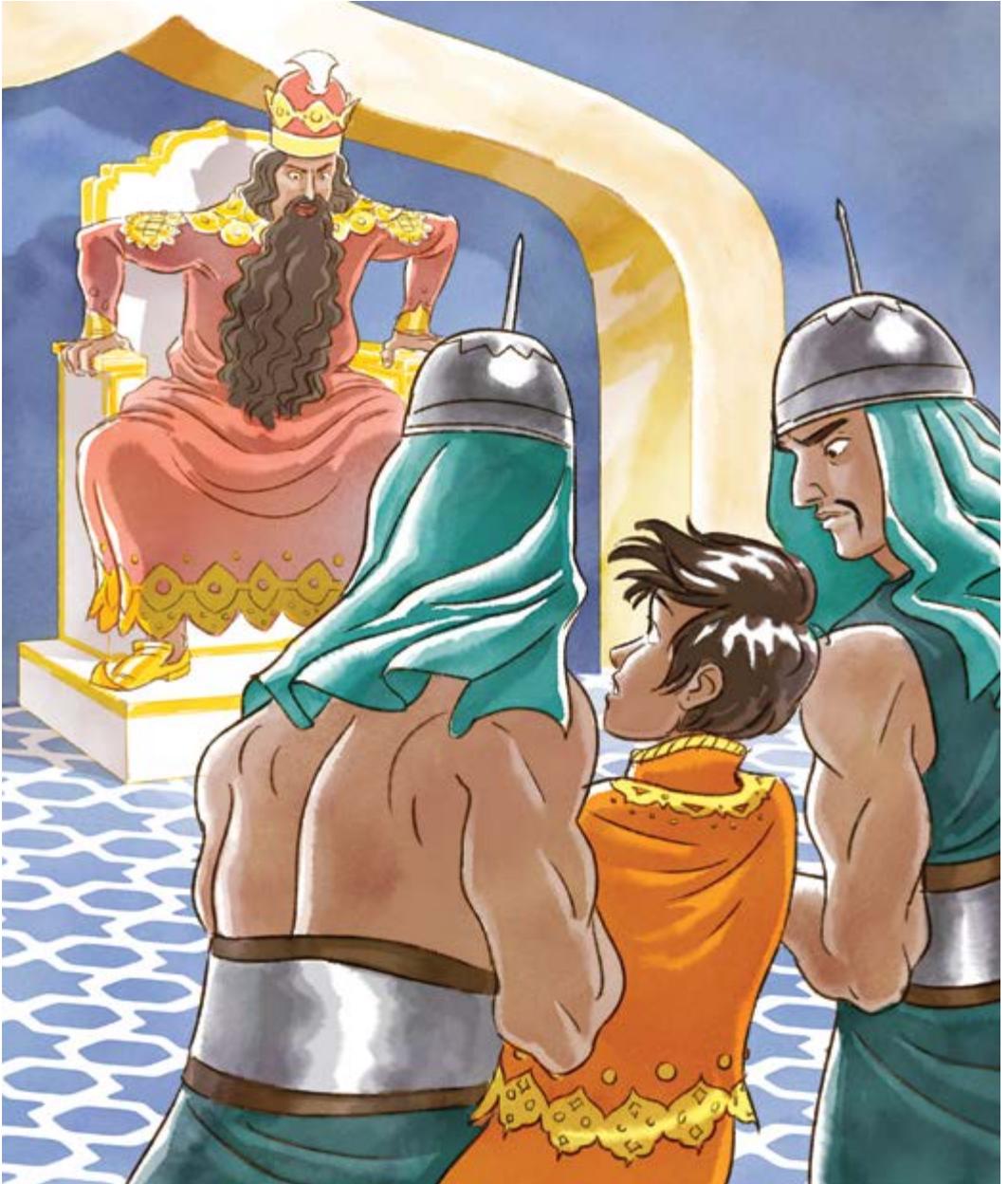
—Escucho y obedezco —dijo el genio de la lámpara.



El mago frotó la lámpara.

A la mañana siguiente, el Sultán miró por la ventana. El palacio de su hija había desaparecido, junto con la princesa. Envió a sus soldados, quienes trajeron a Aladino a rastras ante él.

—¡Encuentra a mi hija! —exclamó—. ¡Si fracasas, morirás!



El Sultán ordenó a sus soldados que trajeran a Aladino.

El pobre Aladino se alejó deambulando por la ciudad. Caminó junto a un río y frotó sus manos sin saber qué hacer.

El genio del anillo apareció una vez más.

—¿Cuál es tu deseo? —preguntó.

—Tráeme mi palacio y a mi amada esposa de regreso —le imploró Aladino.

—Por desgracia, no puedo —dijo el genio—. Esa tarea corresponde solamente al genio de la lámpara.

—Entonces, llévame con mi esposa.

¡Puf!

Aladino apareció en África. Su esposa lo recibió con alegría y le contó acerca del mendigo y la lámpara. Al escuchar esto, Aladino supo que el mago había usado la lámpara para sus malvados propósitos. Junto con su esposa idearon un plan para recuperar la lámpara.



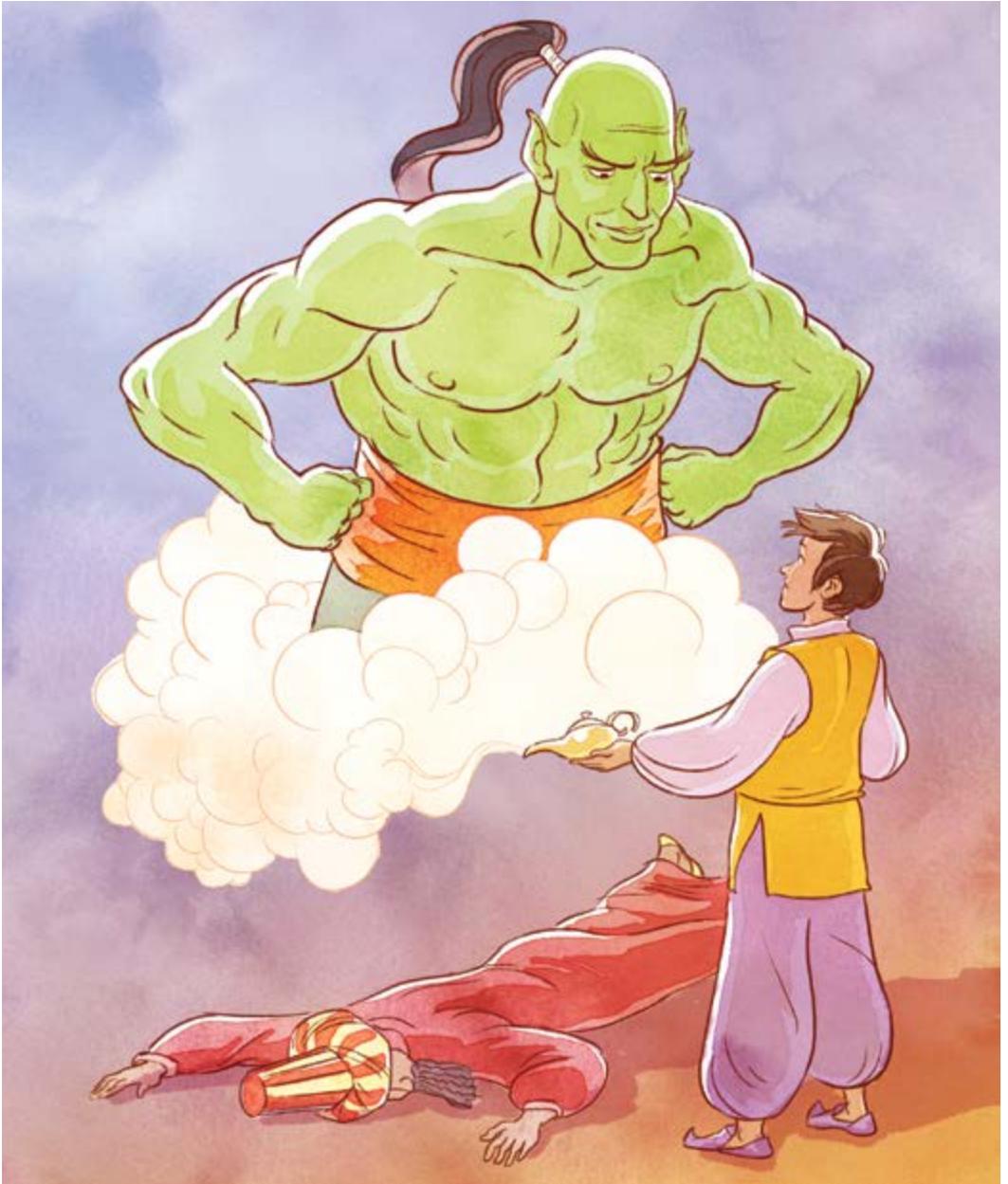
Aladino imploró al genio que lo ayudara.

Al día siguiente, la princesa le cocinó al mago una rica cena. Aladino permaneció oculto. Ella colocó veneno en la copa del mago. Un solo sorbo bastó para que el mago cayera muerto al piso.

Aladino entró corriendo y encontró la lámpara. El mago la había escondido bajo su manga. Aladino frotó la lámpara. El genio de aspecto monstruoso apareció.

—¿Cuál es tu deseo? —preguntó el genio de la lámpara con voz de estruendo.

—Toma este palacio, con todo lo que contiene —ordenó Aladino—. Llévatelo a Persia y colócalo junto al hogar del Sultán.



Aladino le dijo al genio su deseo.

—Escucho y obedezco —respondió el genio de la lámpara.

El palacio se elevó por los aires.

A la mañana siguiente, el Sultán se levantó y miró por la ventana. Se sintió tan feliz de ver a su hija y su palacio una vez más que ordenó un mes de celebraciones.

Desde ese entonces, Aladino y la princesa vivieron felices y en paz. Al morir el viejo Sultán, Aladino ocupó su trono y gobernó con justicia para su pueblo, tanto para ricos como para pobres.



Al despertar, el Sultán vio a su hija.

Capítulo

4

Alicia en el País de las Maravillas, Parte I

En 1865, el escritor inglés Lewis Carroll presentó al mundo a una niña llamada Alicia y al extraño y gracioso mundo del País de las Maravillas.

Alicia comenzaba a sentirse muy aburrida de estar sentada junto a su hermana a orillas del río, sin nada que hacer. En una o dos ocasiones había ojeado el libro que su hermana estaba leyendo. Pero no tenía dibujos ni conversaciones.

“¿De qué sirve un libro —pensó Alicia— si no tiene dibujos ni conversaciones?”.

Era un día caluroso. El calor hacía que Alicia se sintiera con sueño. Estaba considerando si el placer de hacer una guirnalda de margaritas justificaría la molestia de levantarse y recoger las flores. Justo en ese momento, un Conejo Blanco pasó corriendo a su lado.



Alicia ve al Conejo Blanco.

No había nada tan extraordinario en eso; ni siquiera le pareció demasiado extraño oír que el conejo dijera para sí mismo: —¡Ay caramba! ¡Ay caramba! ¡Llegaré muy tarde! Sin embargo, cuando el Conejo tomó un reloj de su bolsillo, Alicia se puso de pie de un salto. Corrió detrás de él y lo vio escurrirse por una gran madriguera.

Alicia entró tras el Conejo, sin pensar ni por un solo instante en cómo se las arreglaría para volver a salir. La madriguera se hundía repentinamente. Alicia se encontró cayendo por lo que parecía ser un pozo muy profundo.



Alicia siguió al Conejo.

O bien el pozo era muy profundo o ella caía muy despacio, ya que tuvo mucho tiempo para mirar a su alrededor. Miró las paredes del pozo. Estaban repletas de alacenas y estanterías.

“¡Vaya! —pensó Alicia—. ¡Después de una caída así, caer rodando por las escaleras no me parecerá tan terrible!”.

Cayó, cayó y cayó... ¿Alguna vez dejaría de caer?

—Me pregunto cuántas millas he caído ya —dijo Alicia en voz alta—. Debo estar llegando a algún sitio cercano al centro de la Tierra. Veamos: eso sería cuatro mil millas hacia abajo, creo. ¡Me pregunto si atravesaré la Tierra con mi caída! ¡Qué divertido sería aparecer entre la gente que camina cabeza abajo! Tendré que preguntar el nombre del país: “Disculpe, señora, ¿estoy en Nueva Zelanda o Australia?”. Sintió que se dormía cuando de pronto, ¡pum!, fue a caer sobre una pila de ramas y hojas secas.



Alicia cayó, cayó y cayó...

Alicia no se hizo daño. Se levantó y miró a su alrededor. Delante suyo había un largo túnel. El Conejo Blanco bajaba rápidamente por él. Alicia lo siguió corriendo. Lo oyó decir: —¡Por mis orejas y bigotes, qué tarde se está haciendo! Pensó que lo estaba alcanzando, pero cuando dobló la esquina, ¡puf!, se había ido.

Alicia se encontró en una sala larga y baja. Había muchas puertas, pero estaban todas cerradas. Se preguntó cómo se las arreglaría para salir.

De repente, encontró una mesita de tres patas. Estaba hecha de cristal puro. Sobre ella no había más que una diminuta llave dorada. Pero no abría ninguna de las puertas.



Alicia corrió tras el Conejo Blanco.

Entonces, Alicia vio una cortina que no había notado antes. Detrás de ella había una puertecita de alrededor de quince pulgadas de alto. Probó la pequeña llave dorada en la cerradura. ¡Encajaba!

La puerta conducía a un pequeño túnel. No era mucho más grande que una ratonera. Alicia se arrodilló y pudo observar el jardín más hermoso que jamás hubiese visto. Anhelaba salir de esa oscura sala. Deseaba deambular por el jardín. Pero la puerta era diminuta. Ni siquiera podía pasar la cabeza por allí.

A Alicia le pareció inútil quedarse esperando en la puertecita, así que regresó a la mesa. Esta vez, encontró una botella pequeña sobre ella.

—Mmm —dijo Alicia—. Eso no estaba allí antes.

Alicia examinó la botella. La etiqueta decía: “BÉBEME”.

—Primero miraré si dice veneno —dijo Alicia.

La botella no decía veneno, así que Alicia decidió probarla. Descubrió que tenía cierta combinación de sabores: sabía a tarta de cerezas, natilla, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla. Alicia se lo bebió todo.



Alicia probó el contenido de la botella.

Capítulo

5

Alicia en el País de las Maravillas, Parte II

La última vez que vimos a Alicia, había decidido beber de una botella pequeña. El contenido de la botella tenía un sabor bastante raro.

—¡Qué sensación más extraña! —dijo Alicia.

Se estaba encogiendo cada vez más. Pronto, medía tan solo diez pulgadas de alto. Era justo el tamaño adecuado para pasar por la puertecita que conducía al jardín. Sin embargo, cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que había olvidado la pequeña llave dorada. Regresó a la mesa por ella, pero ahora era demasiado baja como para alcanzarla.

Alicia se sentó y comenzó a llorar, pero pronto sus ojos se posaron sobre una cajita de cristal que había bajo la mesa. La abrió y encontró un minúsculo pastel. Sobre él estaba escrita con grosellas la palabra “CÓMEME”.

—Lo comeré —dijo Alicia con entusiasmo.



Alicia encontró un diminuto pastel.

—¡Extraño y extrañísimo! —exclamó Alicia—.
¡Ahora me estoy haciendo cada vez más grande! ¡Adiós,
piececitos!

La cabeza de Alicia golpeó contra el techo de la sala.
Medía nueve pies de alto. Tomó la pequeña llave dorada
y corrió hacia la puerta del jardín.

¡Pero ahora era demasiado grande como para pasar
por la puerta! Todo lo que podía hacer era espiar el
jardín con un solo ojo.



Alicia tomó la llave.

Alicia se sentó y comenzó a llorar otra vez. Siguió llorando galones de lágrimas hasta que se formó un gran charco alrededor de ella.

Luego, Alicia escuchó a la distancia un leve golpeteo de pasos. Era el Conejo Blanco que regresaba. Estaba espléndidamente vestido, con un par de guantes blancos en una mano y un gran abanico en la otra. Murmuraba para sí: —¡Ay, la Duquesa! ¡Se enfadará muchísimo si la hago esperar!

Cuando el Conejo estuvo cerca, Alicia trató de hablar con él.

—Discúlpeme, señor...

El Conejo se sobresaltó. Dejó caer sus guantes y el abanico y se escabulló en la oscuridad.

—¡Qué raro es todo hoy! —exclamó Alicia.



Alicia vio al Conejo Blanco otra vez.

A medida que decía esto, pudo ver que se estaba encogiendo otra vez. Al instante, ¡splash!, quedó hundida hasta la barbilla en agua. La pobre Alicia estaba nadando en su propio mar de lágrimas.

—¡Desearía no haber llorado tanto! —dijo Alicia, mientras nadaba de un lado a otro, tratando de encontrar una salida. Afortunadamente, la encontró. Como no le gustaba quedarse quieta y sentada sin hacer nada, comenzó a adentrarse más y más en el País de las Maravillas.



Alicia nadó en su propio mar de lágrimas.

En ese momento, se cruzó con una gran Oruga azul. La Oruga estaba sentada sobre una seta y fumaba una pipa.

Alicia se paró de puntillas y espió sobre el borde de la seta. Sus ojos se encontraron con los de la Oruga. Las dos se miraron durante un rato en silencio. Por fin, la Oruga se quitó la pipa de la boca y preguntó: —¿Quién eres tú?

Alicia respondió: —Yo... apenas lo sé, señora. Sé quién era al levantarme esta mañana, pero me han cambiado varias veces desde entonces.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó la Oruga con dureza—. ¡Explícate!

—No puedo explicar nada, señora —dijo Alicia—, porque ya no soy yo misma, como puede ver.

—No veo nada —protestó la Oruga.

—Temo que no puedo explicarlo con más claridad —respondió Alicia—. Esto de cambiar de tamaño tantas veces en un solo día resulta bastante confuso.

—No lo es —dijo la Oruga.



Alicia se encontró con la Oruga.

Alicia se sintió algo irritada con la Oruga y dio media vuelta para marcharse.

—¡Regresa! —la llamó la Oruga—. ¡Tengo algo importante que decirte!

Esto sonaba prometedor, así que Alicia dio media vuelta y regresó.

—Controla ese mal genio —dijo la Oruga.

—¿Eso es todo? —preguntó Alicia.

Al cabo de uno o dos minutos, la Oruga se sacó la pipa de la boca y se bajó de la seta. Luego, se alejó arrastrándose hacia la hierba, al tiempo que decía: —Un lado te hará más alta. El otro, más baja.

“¿Un lado de qué?” —pensó Alicia para sus adentros.

—De la seta —dijo la Oruga.

Al cabo de otro instante, la Oruga desapareció.

Alicia arrancó un pedacito de cada lado de la seta. Dio algunos mordisquitos y logró recuperar su altura normal.



Alicia vio como la Oruga se alejaba arrastrándose.

Alicia en el País de las Maravillas, Parte III

A continuación, Alicia siguió deambulando hasta que se cruzó con un Gato de Cheshire. El Gato estaba sentado en la rama de un árbol y sonreía de oreja a oreja. Alicia comenzaba a desear que su tiempo en el País de las Maravillas llegara a su fin.

—Por favor, Gato de Cheshire —dijo Alicia—, ¿podrías indicarme qué camino debo seguir desde aquí?

—Eso depende mucho del sitio al que desees llegar —dijo el Gato.

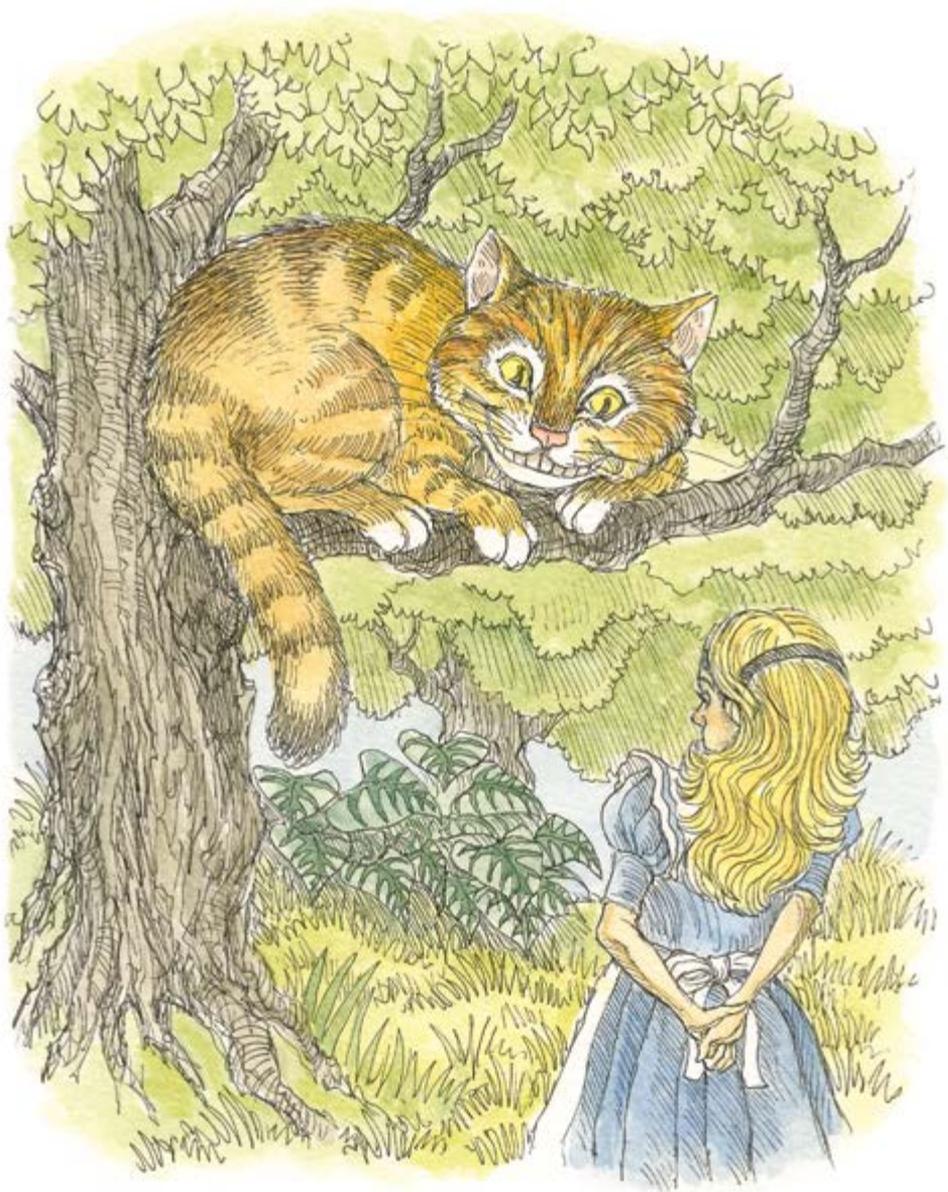
—No me importa mucho el sitio... —contestó Alicia.

—Entonces no importa qué camino tomes —dijo el Gato.

—... siempre que llegue a alguna parte —añadió Alicia.

—Ah, seguro lo harás —dijo el Gato— si tan solo caminas lo suficiente.

Alicia intentó con otra pregunta: —¿Qué clase de gente vive aquí?



Alicia se cruzó con el Gato de Cheshire.

—En esa dirección —dijo el Gato señalando con su pata derecha—, vive un Sombrero Loco. En esa otra dirección, vive una Liebre de Marzo. Visita al que quieras: ambos están locos.

—Pero no quiero visitar gente loca —comentó Alicia.

—Oh, eso no lo puedes evitar —dijo el Gato—. Aquí todos estamos locos.

Luego, el Gato comenzó a desaparecer lentamente, desde la punta de su cola hasta su sonrisa, la cual permaneció un rato allí, aun cuando el resto de su cuerpo ya había desaparecido.

“¡Vaya! —pensó Alicia—. ¡Una sonrisa sin gato! ¡Qué extraño!”.



Alicia habló con el Gato de Cheshire.

Caminó un poco y llegó a una casa con una mesa dispuesta frente a ella. La Liebre de Marzo y el Sombrero Loco estaban tomando el té. Sentado entre ellos había un Lirón. A pesar de que la mesa era grande, los tres estaban apretados en uno de sus extremos.

—¡No hay lugar, no hay lugar! —comenzaron a gritar cuando la vieron acercarse.

—¡Hay mucho lugar! —protestó Alicia, indignada. Se sentó en un gran sillón a un extremo de la mesa.

—Toma un poco de limonada —le dijo la Liebre de Marzo.

Alicia miró por toda la mesa.

—No veo la limonada —comentó.

—Es que no la hay —dijo la Liebre de Marzo.

—Entonces no fue muy educado de tu parte ofrecerla —dijo Alicia enfadada.

—No fue muy educado de tu parte sentarte sin haber sido invitada —replicó la Liebre de Marzo.



Alicia se encontró con la Liebre de Marzo, el Sombrero Loco y el Lirón.

El Sombrerero Loco observó a Alicia durante un tiempo. Al final dijo: —¿En qué se parecen un cuervo y un escritorio?

“¡Un acertijo! —pensó Alicia—. ¡Ahora sí que nos vamos a divertir!”.

—Creo que puedo adivinar eso —agregó en voz alta.

—¿Quieres decir que crees que sabes la respuesta? —preguntó la Liebre de Marzo.

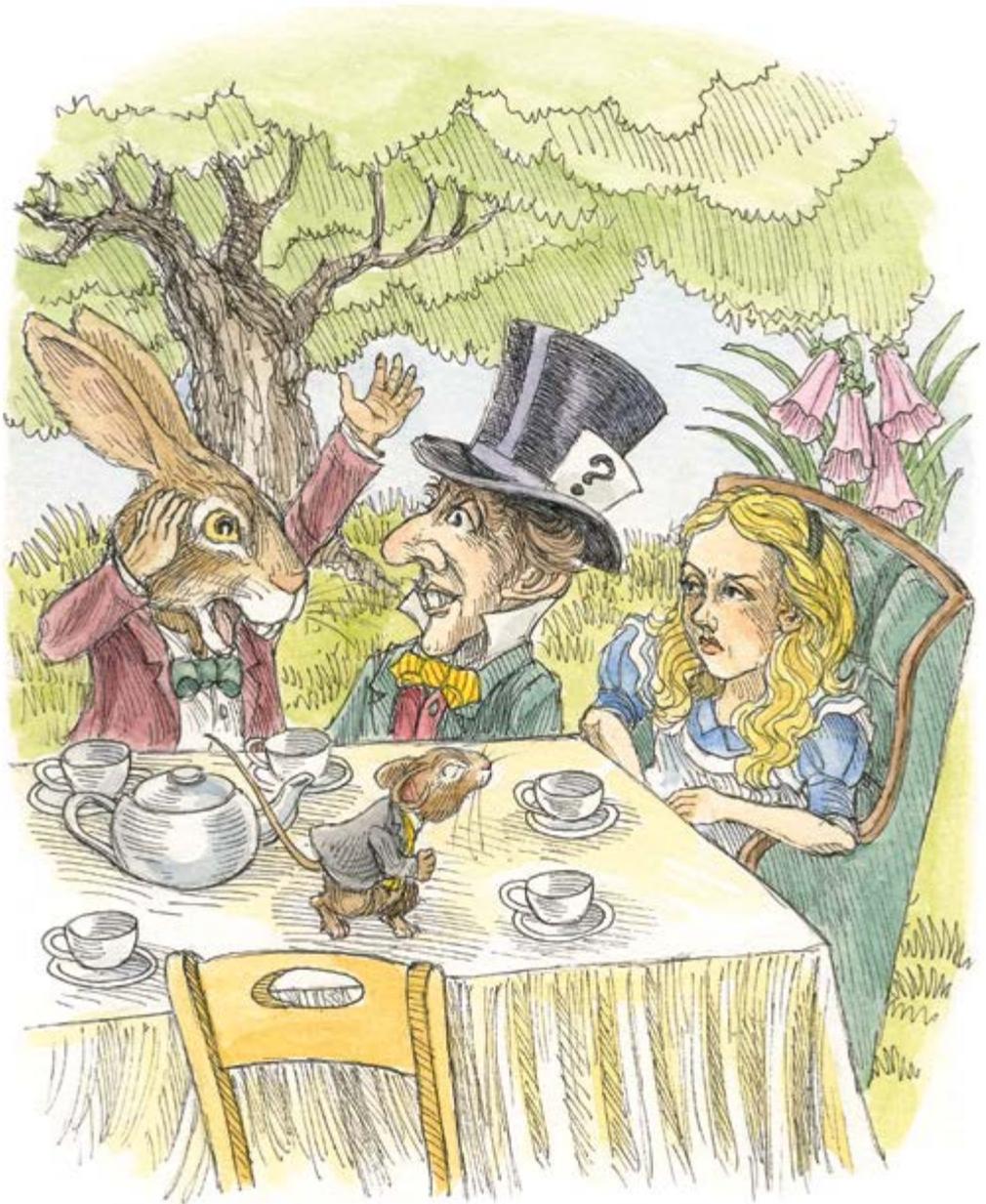
—Exactamente —dijo Alicia.

—Entonces, debes decir lo que quieres decir —continuó la Liebre de Marzo.

—Eso hago —respondió Alicia—. Al menos quiero decir lo que digo... vendría a ser lo mismo, ¿sabes?

—¡De ninguna manera es lo mismo! —dijo el Sombrerero Loco—. ¿Entonces también dirías que es lo mismo decir *veo lo que como* que *como lo que veo*?

—¡Y sería lo mismo decir —añadió el Lirón, que parecía caminar y hablar dormido—, que *respiro cuando duermo* es lo mismo que *duermo cuando respiro*!



La Liebre de Marzo le respondió a Alicia.

—En tu caso es lo mismo— dijo el Sombrerero Loco. Luego, volteó hacia Alicia nuevamente y le preguntó: —¿Ya has adivinado la respuesta al acertijo?

—No, me doy por vencida —contestó Alicia—. ¿Cuál es la respuesta?

—No tengo ni la menor idea —respondió el Sombrerero Loco.

—Ni yo —dijo la Liebre de Marzo.

“Vaya —pensó Alicia—, ¡esta es la merienda más extraña en la que he estado en toda mi vida!”.

Alicia permaneció durante un rato más y escuchó al Lirón contar una historia acerca de tres hermanas que vivían en el fondo de un pozo de melaza. La historia era realmente muy rara. Confundida con el cuento, Alicia cuestionó a menudo al Lirón. Al final, frustrada, decidió alejarse.

“¡Esta es la merienda más extraña en la que he estado en toda mi vida!” —concluyó.



Alicia se alejó, frustrada.

Alicia en el País de las Maravillas, Parte IV

En este último capítulo, Alicia se cruza con criaturas todavía más raras en el País de las Maravillas.

A medida que Alicia se adentraba aún más en el País de las Maravillas, encontró una puerta en un árbol que conducía a un vestíbulo. El vestíbulo daba al hermoso jardín en el que había estado antes. Resulta sorprendente que, al entrar al jardín, se haya encontrado con una gran cantidad de personas, incluidos cortesanos y niños de la realeza, así como con el Rey y la Reina de Corazones. Estaban por empezar un partido de croquet y la invitaron a jugar.

El partido en sí mismo no fue más que puro caos, en parte porque el campo de croquet estaba lleno de montículos y surcos. Las bolas de croquet eran erizos vivos y los mazos eran flamencos. Para Alicia, el mayor problema fue dominar su flamenco y evitar que las bolas, o erizos, se alejaran caminando. Además, los jugadores tiraban todos a la vez, sin esperar su turno. Por su parte, la Reina comenzó a ir de aquí para allá, mientras pateaba el suelo y gritaba: —¡Que le corten la cabeza! ¡Que le corten la cabeza!



Alicia se cruzó con criaturas todavía más raras en el País de las Maravillas.

Afortunadamente para Alicia, fue la misma Reina quien la retiró del juego, ansiosa de presentarle a la Falsa Tortuga. Cuando se dirigían a encontrarse con la Falsa Tortuga, a Alicia le presentaron al Grifo. ¿Qué son una Falsa Tortuga y un Grifo? Alicia tampoco lo sabía y nunca obtuvo una respuesta con sentido. La mejor respuesta es que son dos ejemplares más de los habitantes extraordinarios del País de las Maravillas.

Juntos, la Falsa Tortuga y el Grifo contaron a la Reina y a Alicia historias de sus épocas de estudiantes. Recordaron las asignaturas que habían estudiado en la escuela, incluidas Beber, Escupir y Fumar, sin mencionar Histeria Antigua y Moderna. Alicia estaba bastante segura de no haber estudiado estas asignaturas aún.



Alicia se encontró con la Falsa Tortuga y el Grifo.

Esta conversación extraña fue interrumpida por las noticias de que había comenzado un juicio importante. Alicia corrió a gran velocidad junto con el Grifo y descubrió que la Jota de Corazones estaba siendo juzgada por robar algunas tartas.

Al igual que el juego de croquet, el juicio en sí mismo fue pura confusión. Los testigos no eran para nada útiles. Curiosamente, se convocó a la propia Alicia como testigo. Cuando la Reina dijo que se debería anunciar la sentencia antes de que el jurado hubiese llegado a su veredicto, Alicia estuvo lista para gritar. De hecho, lo hizo.

—¡Qué tontería! —dijo Alicia alzando la voz—.
¿Cómo se les ocurre pronunciar la sentencia primero?

—¡Cállate la boca! —gritó la Reina, poniéndose color púrpura.

—¡No lo haré! —la desafió Alicia.

—¡Que le corten la cabeza! —gritó la Reina.



Alicia habló en el juicio.

Nuevamente, por suerte para Alicia, justo en ese momento se despertó a orillas del río junto a su hermana. El sol todavía brillaba y era realmente un día muy hermoso. Alicia le contó a su hermana con entusiasmo todo lo que había soñado y sus aventuras en el País de las Maravillas. A la hermana de Alicia le parecieron muy entretenidas las historias en el País de las Maravillas y la manera en que Alicia las contaba. Los ojos de Alicia centelleaban y brillaban mientras le contaba a su hermana sobre la Oruga y el Gato de Cheshire, el Sombrero Loco, la Liebre de Marzo, el Rey y la Reina de Corazones, y por supuesto al Conejo Blanco.

Cuando Alicia se alejó a los saltos para disfrutar del resto de la merienda, su hermana se quedó imaginando este mundo mágico repleto de criaturas extrañas. Deseó que Alicia recordara siempre el día en que soñó con el País de las Maravillas y continuara contando esas historias.



Alicia le contó a su hermana sus aventuras.

Capítulo

8

Por la carretera, Parte I

En 1908, el escritor escocés Kenneth Grahame deleitó a sus lectores con las historias de Sapo, Topo y Rata y sus aventuras en un libro llamado El viento en los sauces.

—¿Me llevarías a visitar a Sapo? —preguntó Topo a su amigo Rata—. He oído hablar muchas cosas sobre él.

—¡Por supuesto! —dijo Rata—. Saca el bote y enseguida remaremos hasta allí. Nunca es mal momento para visitar a Sapo. ¡Ya sea tarde o temprano, siempre está igual: siempre de buen humor, siempre contento de verte y siempre se lamenta cuando te marchas!

—Debe ser un animal muy agradable —dijo Topo, mientras se subía al bote.

—La verdad, es el mejor de todos —contestó Rata—, tan sencillo y amigable. Tal vez no sea demasiado listo (no todos podemos ser inteligentes). También puede que sea vanidoso y engreído. Pero Sapito es un gran amigo.



Rata le contó a Topo sobre su amigo, Sapo.

Bordeando un recodo del río, vieron una casa antigua, hermosa y majestuosa. Era de ladrillo rojo pálido, con jardines bien cuidados, que se extendían hasta la orilla del agua.

—Ahí está la Mansión Sapo —dijo Rata—. ¿Ves aquel arroyo a la izquierda? Conduce al embarcadero de Sapo. Allí es donde dejaremos el bote. Los establos están por allá. Aquello que ves ahora es el salón de banquetes, muy antiguo, por cierto. Sapo es bastante rico. Esta es realmente una de las mansiones más bonitas de los alrededores, aunque nunca se lo admitamos a Sapo.

Se deslizaron por el arroyo e ingresaron en la sombra de un gran embarcadero. Allí vieron muchos barcos grandes. Algunos de ellos colgaban de las vigas transversales. Otros, estaban levantados en una grada. Pero ninguno de ellos estaba en el agua. El lugar parecía abandonado.

Rata miró a su alrededor. —Ya veo lo que sucede —dijo—. La navegación ha pasado de moda. Sapo se ha aburrido y la ha abandonado. Me pregunto qué nuevo capricho tendrá ahora. Vamos a buscarlo y veamos. Pronto nos enteraremos de todo esto.



Rata y Topo llegaron a la Mansión Sapo.

Desembarcaron y caminaron por el jardín decorado con flores. Encontraron a Sapo descansando en una silla de jardín de mimbre. Tenía un mapa grande extendido sobre sus rodillas.

—¡Hurra! —gritó, poniéndose de pie de un salto al verlos—. ¡Esto es espléndido! Les estrechó afectuosamente las patitas a ambos, sin esperar a que Topo le fuese presentado. —¡Qué amables son! —continuó, mientras daba vueltas a su alrededor—. Estaba a punto de mandar un bote río abajo a buscarte, Ratito, con órdenes estrictas de traerte de inmediato, sea lo que fuere que estuvieras haciendo. ¡Qué suerte que hayas aparecido justo ahora!

—¡Tiene una casa encantadora! —dijo Topo.

—La mejor casa de todo el río —exclamó Sapo con orgullo—. Por no decir del mundo entero —añadió sin poder contenerse.



Rata y Topo encontraron a Sapo mirando un mapa.

Por la carretera, Parte II

Sapo estaba muy entusiasmado con la visita de Rata y Topo.

—Ahora bien —dijo Sapo—. Amigos, tienen que ayudarme. ¡Es de suma importancia!

—¿Quieres que te ayudemos con tus barcos? —preguntó Rata.

—¿Mis barcos? ¡Pff! —dijo Sapo, con gran disgusto—. Eso es un tonto pasatiempo infantil que he abandonado hace mucho. No es más que una pérdida de tiempo. Me da mucha pena verlos a ustedes, amigos, que deberían ser más sensatos, que pierdan todo su tiempo pensando en la navegación. No, he descubierto lo verdaderamente importante, la mejor ocupación para toda la vida. Planeo dedicar el resto de mi vida a ello y solo desearía no haber malgastado tantos años con la navegación. Ven conmigo, querido Ratito, y que venga también tu estimado amigo. ¡Acompáñenme hasta los establos y ya lo verán!



Sapo llevó a Rata y Topo hasta los establos.

Sapo los llevó hasta los establos. Rata lo siguió, con cara de gran descontento. Allí, a la vista de todos, había una carreta, brillante de tan nueva. Estaba pintada de amarillo y verde.

—¡Ahí la tienen! —gritó Sapo—. En esta carreta está la vida real para ustedes. ¡La carretera! ¡La ruta polvorienta! ¡Los campos, las aldeas, los pueblos, las ciudades! ¡Hoy aquí, mañana un poco más allá! ¡Viajes, nuevos lugares para ver, diversión! ¡El mundo entero ante ustedes! ¡Un horizonte siempre cambiante! Deben saber, que es la mejor carreta de su clase que se haya construido jamás. Vengan y mírenla por dentro. ¡La diseñé toda yo solo!

Topo subió los escalones detrás de Sapo con entusiasmo y entró a la carreta. Rata no se movió. Solo resopló y puso sus manos en sus bolsillos.



—¡Ahí la tienen!—gritó Sapo.

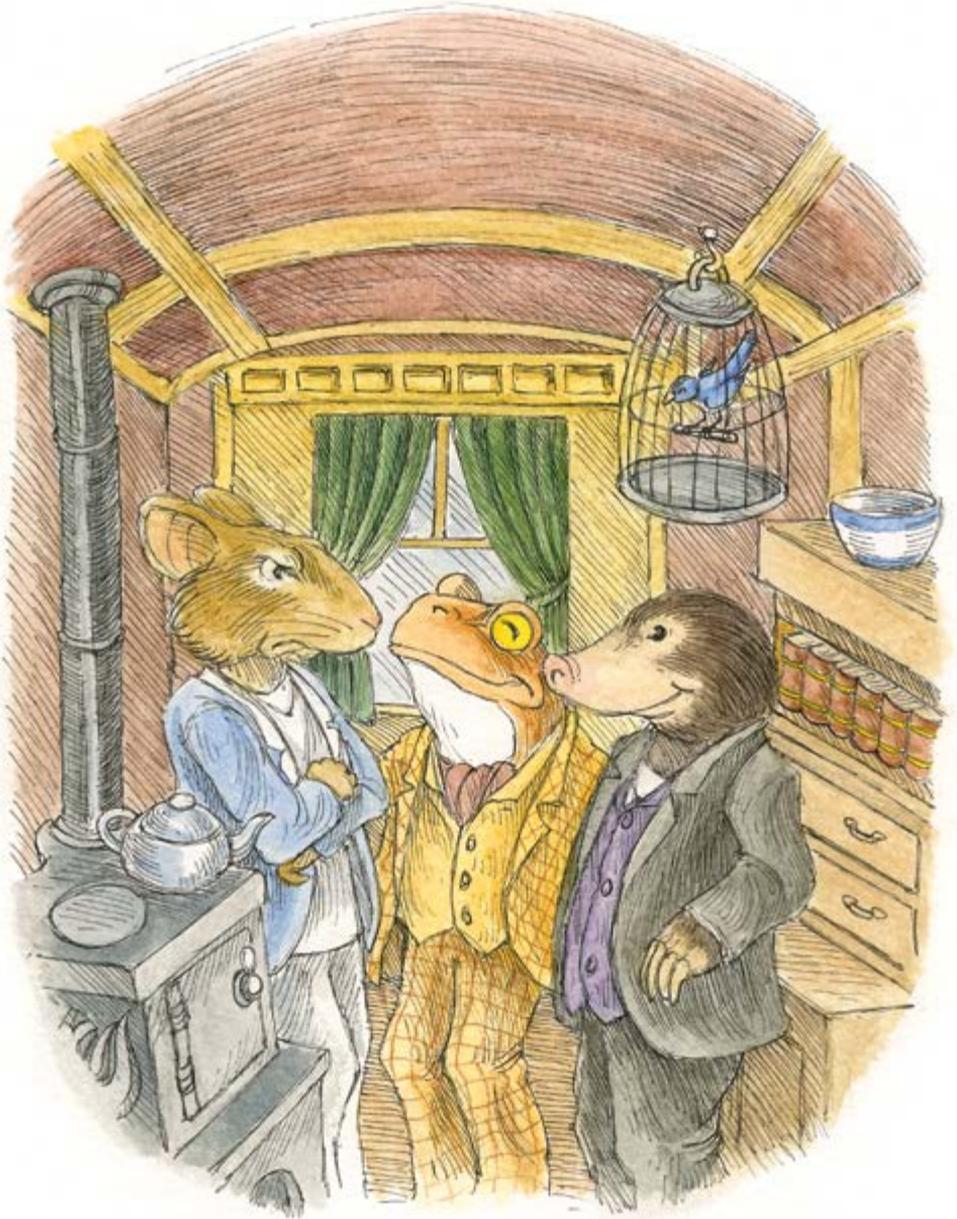
La carreta tenía pequeñas literas y una mesa que se plegaba contra la pared. Tenía un horno, armarios y estanterías. También tenía una jaula con un pájaro. Había jarros, ollas, cazuelas y teteras de todos los tamaños.

—¡Todo incluido! —dijo Sapo con felicidad—. Verán que no se me ha olvidado nada cuando nos marchemos esta tarde.

—Perdona —dijo Rata—. ¿Acaso escuché que dijiste algo como “NOS”, “MARCHEMOS” y “ESTA TARDE”?

—¡Sí, sí! —imploró Sapo—. TIENEN que venir. No podría ir sin ustedes. Así que por favor, no discutas, es lo único que no puedo soportar. ¡Seguramente no querrás quedarte toda la vida en tu viejo y aburrido río y sólo vivir en un agujero en la orilla y navegar! ¡Quiero enseñarte el mundo!

—No me importa —dijo Rata, obstinado—. No voy y eso es todo. Me quedaré en mi viejo río, viviré en un agujero y saldré a navegar, como siempre lo he hecho. Además, Topo se va a quedar conmigo y hará lo mismo que yo. ¿No es así, Topo?



Sapo, Topo y Rata dentro de la carreta.

—Por supuesto —dijo Topo, con lealtad—.

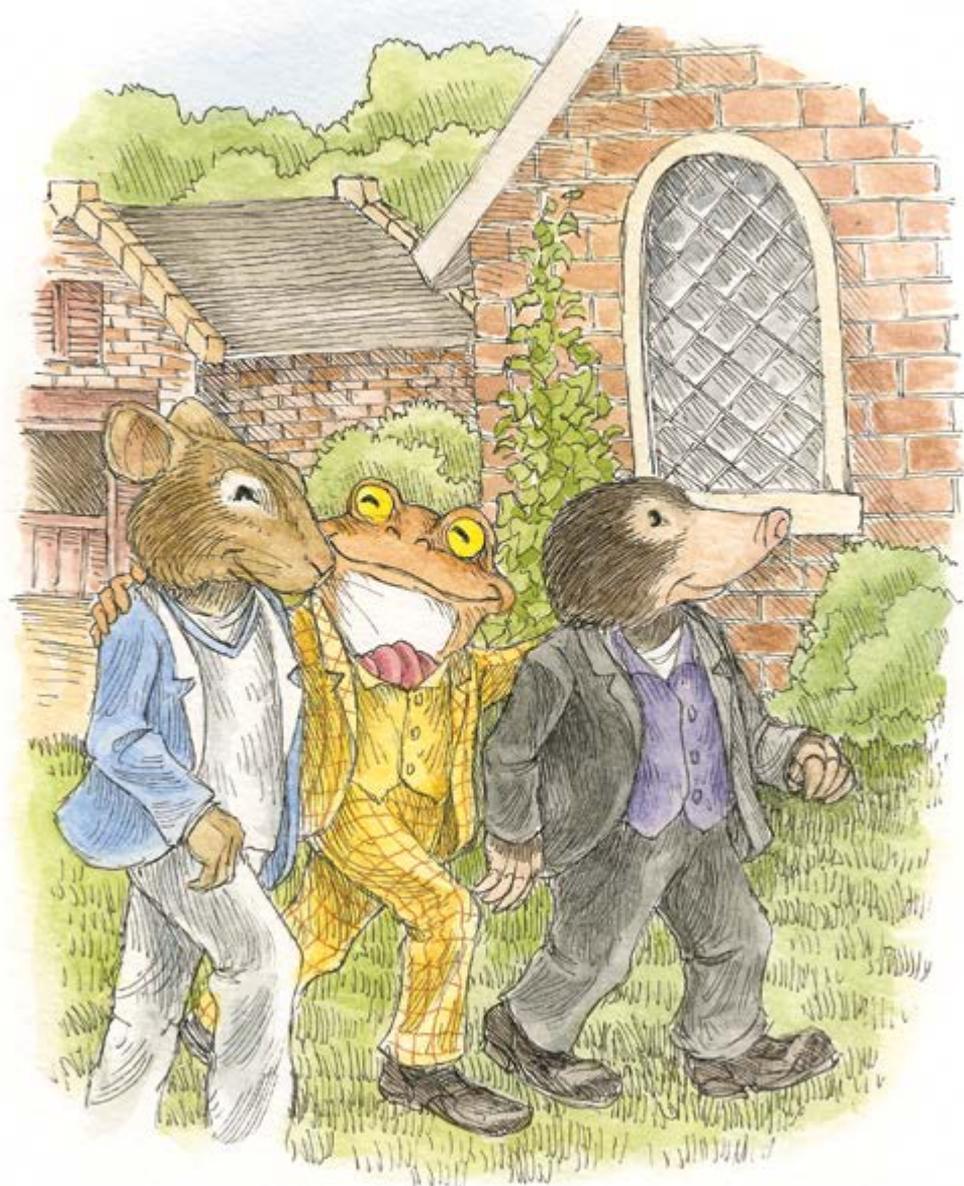
Siempre estaré a tu lado, Rata. Se hará lo que tú digas. De todos modos, suena como si hubiese podido ser..., bueno... ¡bastante divertido! —añadió pensativo.

¡Pobre Topo! La vida aventurera era para él algo nuevo y tan emocionante. Todo era tan tentador... Se había enamorado a primera vista de la carreta amarilla.

Rata se dio cuenta de lo que estaba pensando Topo y comenzó a cambiar de opinión. Odiaba desilusionar a la gente y quería mucho a Topo.

Sapo los observaba a ambos con atención.

—Entren y almorcemos —dijo—. Ya hablaremos de esto. No tenemos que tomar una decisión apresurada. Por supuesto, en realidad a mí me da igual. Solo quiero que ustedes se diviertan. ¡Vivir para los demás! Ese es mi lema en la vida.



Sapo conduce a Topo y a Rata de regreso a la Mansión Sapo.

Capítulo

10 Por la carretera, Parte III

El almuerzo fue maravilloso, como lo era siempre todo en la Mansión Sapo. Durante la comida, Sapo habló con Topo y manipuló al inexperto animalito como a un títere. Describió con optimismo lo que sucedería en el viaje y los placeres de la vida en la carretera. Topo apenas podía mantenerse quieto en su silla de la emoción.

Finalmente, Rata dejó que Sapo y Topo lo convencieran. No podía desilusionar a sus amigos. Así que después del almuerzo, cargaron la carreta y partieron.

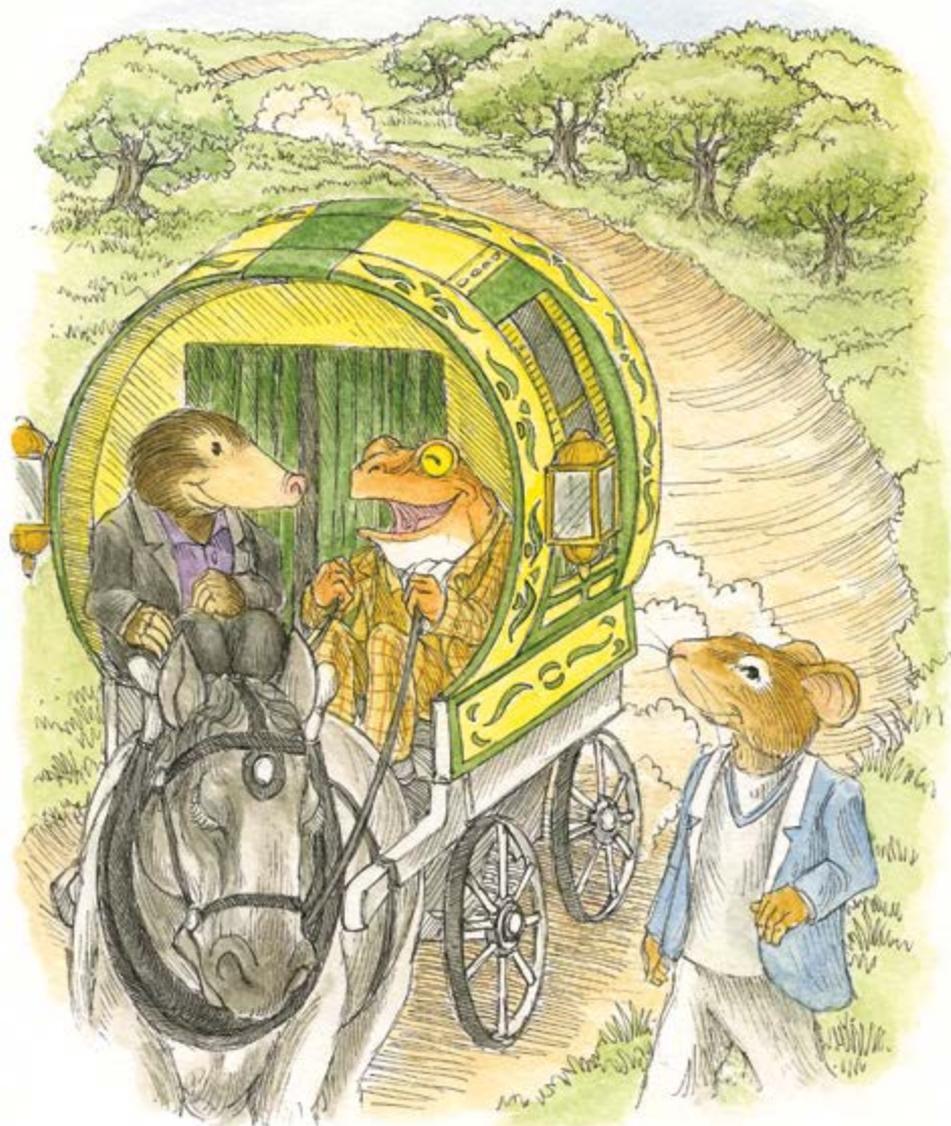


Almuerzo en la Mansión Sapo

Era una tarde dorada. El olor del polvo que levantaban a su paso era rico y agradable. Desde los densos huertos a ambos lados del camino, los pájaros les silbaban con alegría. Los viajeros les daban los buenos días o se detenían a elogiar la hermosa carreta.

—¡Ay! —dijo Sapo, estirando sus patitas hacia afuera—. ¡Esto sí que es vida de caballero!

Tuvieron un viaje agradable por los caminos estrechos. Recién a la tarde llegaron a la carretera, y fue allí que ocurrió el desastre.



Sapo, Topo y Rata parten en la carreta.

Iban andando por la ruta cuando vieron una pequeña nube de polvo. Parecía avanzar hacia ellos con velocidad. Del polvo escucharon un débil “¡pip-pip!”, que sonaba como el quejido de un animal dolorido. Se miraron y siguieron conversando. Pero en un instante, todo cambió. Una ráfaga de viento y un remolino de sonido los hizo saltar hacia la zanja más próxima. ¡Ya estaba sobre ellos!

La bocina del automóvil sonó: “¡PIP-PIP!”. Sólo les dio tiempo a mirar el interior de cristal reluciente y cuero. Luego, el magnífico automóvil levantó una nube de polvo que los cegó y desapareció hasta convertirse en una pequeña mancha a la distancia.

El viejo caballo gris y la carreta dieron un tumbo hacia adelante. Luego, se escuchó un horrible crujido. La carreta amarilla, su hermosa carreta, cayó de lado dentro de la zanja.

Rata caminaba de un lado al otro de la carretera.

—¡Villanos! —gritó, agitando ambos puños—.
¡Canallas! ¡Conductores irresponsables! ¡Llamaré a la policía! ¡Los denunciaré!



“¡PIP-PIP!”, sonó la bocina.

11 Por la carretera, Parte IV

¿Dónde estaba Sapo? Estaba sentado en medio de la carretera polvorienta y miraba fijamente en dirección del automóvil que desaparecía. Entró en una especie de trance. Lucía calmo y murmuraba: —¡pip, pip!

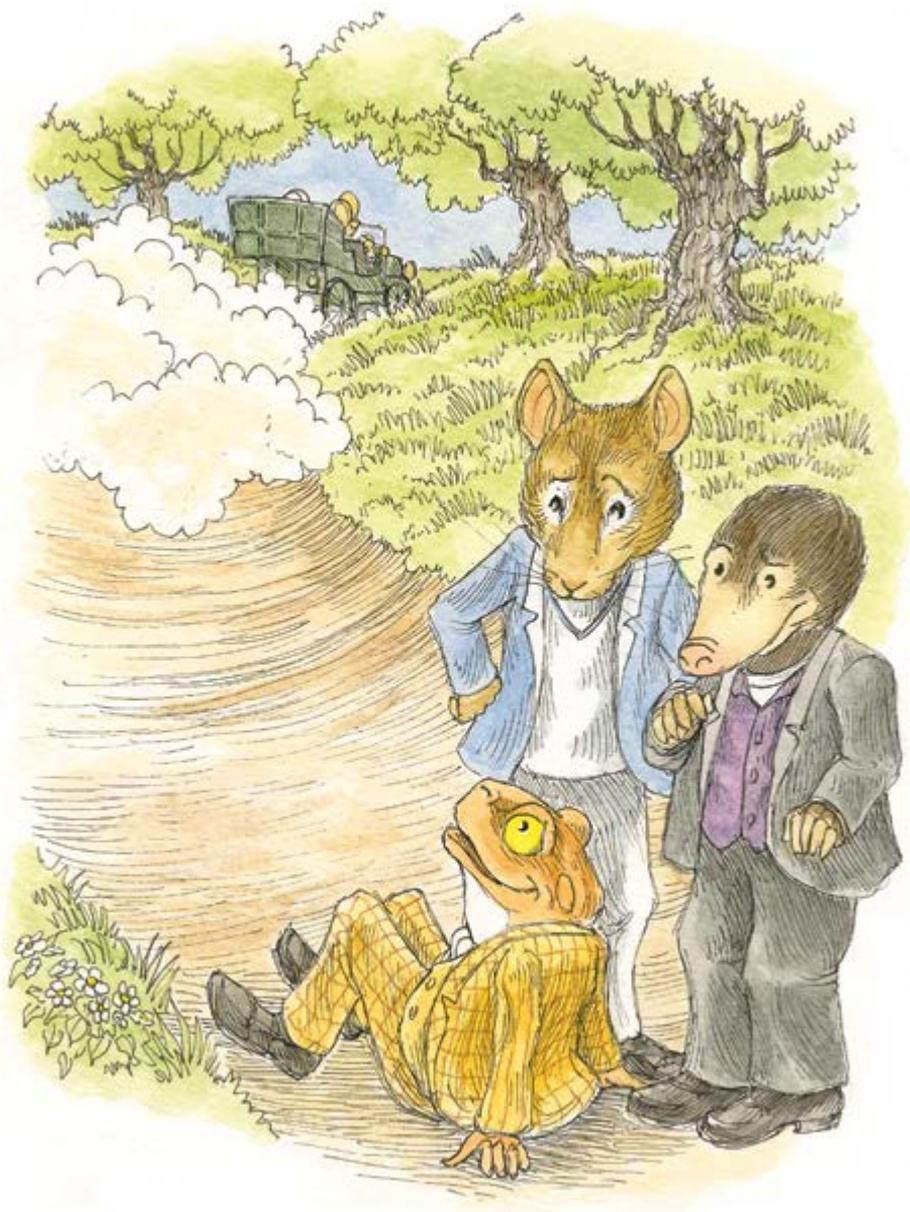
Rata lo sacudió por el hombro, pero Sapo ni se inmutó.

—¡Qué hermosa visión! —murmuró Sapo—. ¡Esa es la VERDADERA manera de viajar! ¡La ÚNICA manera de viajar! ¡Oh! ¡Por Dios! ¡Debo tener uno!

Topo tocó el hombro de Rata, pero Sapo continuó.

—¡Y pensar que nunca lo SUPE! —dijo—. Todos estos años desperdiciados. Y yo sin saber. ¡Ni en sueños siquiera! Pero AHORA, ahora que lo sé, ¡cuánta diversión me espera! ¡Cuántas nubes de polvo se formarán detrás de mí cuando acelere! ¡Cuántas carretas haré volcar en las zanjas! ¡Esas horribles carretas pequeñas, vulgares, amarillas!

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Topo.



Sapo murmuró: —¡pip-pip!

—No hay nada que hacer —dijo Rata—. Está loco. Ahora tiene una nueva obsesión. Al principio siempre es así. Seguirá así durante días, caminando en un sueño feliz, sin poder hacer nada útil. Déjalo. Vamos a ver qué podemos hacer con la carreta.

Inspeccionaron la carreta y descubrieron que ya no podía andar. Una rueda se había hecho pedazos.

—¡Vamos! —dijo Rata—. Tendremos que caminar. La próxima ciudad queda a cinco o seis millas. Cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

—¿Y qué hay de Sapo? —preguntó Topo—. ¡No podemos dejarlo aquí, sentado solo en el medio de la carretera! No es seguro. ¿Y si pasa otra de esas... cosas?

—Déjalo —dijo Rata—. ¡Ya me cansé de él!

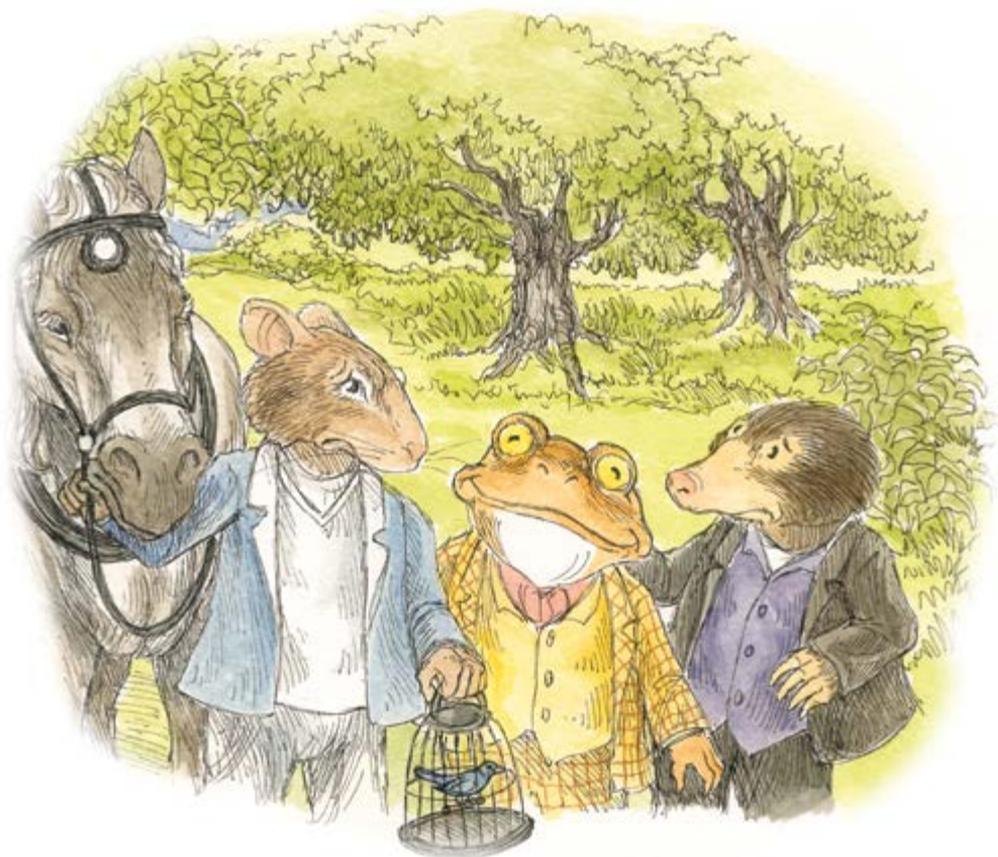


Rata y Topo inspeccionaron la carreta.

Sin embargo, no habían avanzado mucho cuando oyeron detrás de ellos unos pasos. Sapo los alcanzó y los tomó a cada uno de ellos del codo.

—¡Mira, Sapo! —dijo Rata enfadado—. En cuanto lleguemos a la ciudad, tendrás que ir directo a la estación de policía. Pregunta si saben algo de aquel automóvil. Tienes que averiguar a quién pertenece. Debes denunciarlos porque han roto tu carreta. Después, ve con un herrero para que la arregle. Mientras tanto, Topo y yo buscaremos alojamiento hasta que la carreta esté lista.

—¿La estación de policía? ¿Denunciar? —murmuró Sapo ensimismado—. ¿Por qué iba yo a denunciar aquel hermoso automóvil? Renuncio para siempre a las carretas. No quiero ver ni oír hablar de la carreta nunca más. ¡Ay, Ratito!



Sapo alcanzó a Rata y Topo.

Los animales pasaron la noche. Al día siguiente, Rata y Topo volvieron a la ribera del río.

Pocos días después, Topo estaba sentado pescando en la orilla, cuando Rata apareció.

—¿Te has enterado de las noticias? —preguntó Rata—. Todos están hablando de eso. Esta mañana, Sapo fue en tren a la ciudad y encargó un automóvil enorme y muy costoso.



Rata le contó a Topo las noticias.

CREDITS

Every effort has been taken to trace and acknowledge copyrights. The editors tender their apologies for any accidental infringement where copyright has proved untraceable. They would be pleased to insert the appropriate acknowledgment in any subsequent edition of this publication. Trademarks and trade names are shown in this publication for illustrative purposes only and are the property of their respective owners. The references to trademarks and trade names given herein do not affect their validity.

All photographs are used under license from Shutterstock, Inc. unless otherwise noted.

WRITER

Adapted by Rosie McCormick

ILLUSTRATORS AND IMAGE SOURCES

Cover: Jed Henry, Guy Jones; Title Page: Jed Henry, Guy Jones; 1: Jed Henry, Guy Jones; 2: Shutterstock; 4: Jed Henry; 6: Jed Henry; 8: Jed Henry; 10: Jed Henry; 12: Jed Henry; 14: Jed Henry; 16: Jed Henry; 18: Jed Henry; 20: Jed Henry; 22: Jed Henry; 24: Jed Henry; 26: Jed Henry; 28: Jed Henry; 30: Jed Henry; 32: Jed Henry; 34: Guy Jones; 36: Guy Jones; 38: Guy Jones; 40: Guy Jones; 42: Guy Jones; 44: Guy Jones; 46: Guy Jones; 48: Guy Jones; 50: Guy Jones; 52: Guy Jones; 54: Guy Jones; 56: Guy Jones; 58: Guy Jones; 60: Guy Jones; 62: Guy Jones; 64: Guy Jones; 66: Guy Jones; 68: Guy Jones; 70: Guy Jones; 72: Guy Jones; 74: Guy Jones; 76: Guy Jones; 78: Guy Jones; 80: Guy Jones; 82: Guy Jones; 84: Guy Jones; 86: Guy Jones; 88: Guy Jones; 90: Guy Jones; 92: Guy Jones; 94: Guy Jones; 96: Guy Jones; 98: Guy Jones; 100: Guy Jones

Regarding the Shutterstock items listed above, please note: "No person or entity shall falsely represent, expressly or by way of reasonable implication, that the content herein was created by that person or entity, or any person other than the copyright holder(s) of that content."

General Manager K-8 Humanities and SVP, Product

Alexandra Clarke

Chief Academic Officer, Elementary Humanities

Susan Lambert

Content and Editorial

Elizabeth Wade, PhD, Director,
Elementary Language Arts Content

Patricia Erno, Associate Director,
Elementary ELA Instruction

Baria Jennings, EdD, Senior Content Developer

Maria Martinez, Associate Director, Spanish
Language Arts

Christina Cox, Managing Editor

Product and Project Management

Ayala Falk, Director, Business and Product Strategy,
K-8 Language Arts

Amber McWilliams, Senior Product Manager

Elisabeth Hartman, Associate Product Manager

Catherine Alexander, Senior Project Manager,
Spanish Language Arts

LaShon Ormond, SVP, Strategic Initiatives

Leslie Johnson, Associate Director, K-8 Language Arts

Thea Aguiar, Director of Strategic Projects,
K-5 Language Arts

Zara Chaudhury, Project Manager, K-8 Language Arts

Design and Production

Tory Novikova, Product Design Director

Erin O'Donnell, Product Design Manager

Other Contributors

Bill Cheng, Ken Harney, Molly Hensley, David Herubin, Sara Hunt, Kristen Kirchner, James Mendez-Hodes, Christopher Miller, Diana Projansky, Todd Rawson, Jennifer Skelley, Julia Sverchuk, Elizabeth Thiers, Amanda Tolentino, Paige Wornack

Texas Contributors

Content and Editorial

Sarah Cloos

Laia Cortes

Jayana Desai

Angela Donnelly

Claire Dorfman

Ana Mercedes Falcón

Rebecca Figueroa

Nick García

Sandra de Gennaro

Patricia Infanzón-
Rodríguez

Seamus Kirst

Michelle Koral

Sean McBride

Jacqueline Ovalle

Sofía Pereson

Lilia Perez

Sheri Pineault

Megan Reasor

Marisol Rodriguez

Jessica Roodvoets

Lyna Ward

Product and Project Management

Stephanie Koleda

Tamara Morris

Art, Design, and Production

Nanyamka Anderson

Raghav Arumugan

Dani Aviles

Olioli Buika

Sherry Choi

Stuart Dalgo

Edel Ferri

Pedro Ferreira

Nicole Galuszka

Parker-Nia Gordon

Isabel Hetrick

Ian Horst

Ashna Kapadia

Jagriti Khirwar

Julie Kim

Lisa McGarry

Emily Mendoza

Marguerite Oerlemans

Lucas De Oliveira

Tara Pajouhesh

Jackie Pierson

Dominique Ramsey

Darby Raymond-
Overstreet

Max Reinhardtsen

Mia Saine

Nicole Stahl

Flore Thevoux

Jeanne Thornton

Amy Xu

Jules Zuckerberg

Series Editor-in-Chief

E. D. Hirsch Jr.

President

Linda Bevilacqua

Editorial Staff

Mick Anderson
Robin Blackshire
Laura Drummond
Emma Earnst
Lucinda Ewing
Sara Hunt
Rosie McCormick
Cynthia Peng
Liz Pettit
Tonya Ronayne
Deborah Samley
Kate Stephenson
Elizabeth Wafler
James Walsh
Sarah Zelinke

Design and Graphics Staff

Kelsie Harman
Liz Loewenstein
Bridget Moriarty
Lauren Pack

Consulting Project Management Services

ScribeConcepts.com

Additional Consulting Services

Erin Kist
Carolyn Pinkerton
Scott Ritchie
Kelina Summers

Acknowledgments

These materials are the result of the work, advice, and encouragement of numerous individuals over many years. Some of those singled out here already know the depth of our gratitude; others may be surprised to find themselves thanked publicly for help they gave quietly and generously for the sake of the enterprise alone. To helpers named and unnamed we are deeply grateful.

Contributors to Earlier Versions of These Materials

Susan B. Albaugh, Kazuko Ashizawa, Kim Berrall, Ang Blanchette, Nancy Braier, Maggie Buchanan, Paula Coyner, Kathryn M. Cummings, Michelle De Groot, Michael Donegan, Diana Espinal, Mary E. Forbes, Michael L. Ford, Sue Fulton, Carolyn Gosse, Dorrit Green, Liza Greene, Ted Hirsch, Danielle Knecht, James K. Lee, Matt Leech, Diane Henry Leipzig, Robin Luecke, Martha G. Mack, Liana Mahoney, Isabel McLean, Steve Morrison, Juliane K. Munson, Elizabeth B. Rasmussen, Ellen Sadler, Rachael L. Shaw, Sivan B. Sherman, Diane Auger Smith, Laura Tortorelli, Khara Turnbull, Miriam E. Vidaver, Michelle L. Warner, Catherine S. Whittington, Jeannette A. Williams.

We would like to extend special recognition to Program Directors Matthew Davis and Souzanne Wright, who were instrumental in the early development of this program.

Schools

We are truly grateful to the teachers, students, and administrators of the following schools for their willingness to field-test these materials and for their invaluable advice: Capitol View Elementary, Challenge Foundation Academy (IN), Community Academy Public Charter School, Lake Lure Classical Academy, Lepanto Elementary School, New Holland Core Knowledge Academy, Paramount School of Excellence, Pioneer Challenge Foundation Academy, PS 26R (the Carteret School), PS 30X (Wilton School), PS 50X (Clara Barton School), PS 96Q, PS 102X (Joseph O. Loretan), PS 104Q (the Bays Water), PS 214K (Michael Friedsam), PS 223Q (Lyndon B. Johnson School), PS 308K (Clara Cardwell), PS 333Q (Goldie Maple Academy), Sequoyah Elementary School, South Shore Charter Public School, Spartanburg Charter School, Steed Elementary School, Thomas Jefferson Classical Academy, Three Oaks Elementary, West Manor Elementary.

And a special thanks to the Pilot Coordinators, Anita Henderson, Yasmin Lugo-Hernandez, and Susan Smith, whose suggestions and day-to-day support to teachers using these materials in their classrooms were critical.



Amplify.

TEXAS

LECTOESCRITURA EN ESPAÑOL

Grado 3 | Unidad 1 | Libro de lectura
Cuentos clásicos

ISBN 9781636020969



9 781636 020969